

APUNTES

ENRIQUE RAMÍREZ CAPELLO

Retrato de un hombre justo

Es valiente.
Fue mi profesor de ética a medio rumbo de la década del 60, en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica.

Serio en la exposición, riguroso en el análisis, ejemplar en la actitud.

Lo evoco en las mañanas de la casona de San Isidro 560, en una generación compartida con los maestros Nicolás Velasco del Campo, Andrés Aburto, Octavio Marfán y Guillermo Blanco. Los comienzos de Abraham Santibáñez en la cátedra. Los condiscípulos inolvidables.

Emilio Filippi llegó con su mesura en el hablar, su disciplina cristiana algo desestabilizada por nuestros ímpetus juveniles y recreadores.

Nunca fue un discursivo ni holló los senderos del cinismo social. Nos enseñó a mirar los hechos con una perspectiva de justicia, alentó la solidaridad. Nos exhortó a adherir siempre a la verdad, sin refugiarnos en la pereza ni en el prejuicio.

Ponderado, aunque jamás híbrido. Fuerte en sus simpatías por el gobierno de Eduardo Frei Montalva, pero sin casillas de discriminación ni atisbos de intolerancia.

Encabezaba un conjunto de revistas en la histórica empresa Zig Zag, en la vecindad de la Escuela de Derecho de la U. y del río Mapocho.

Eran semanarios dirigidos por Tito Mundt, Fernando Reyes Matta, Juan Ramón Silva y Erika Vexler. Otros, en inevitable mudanza.

Un estilo. Gran demanda de lectores. Por paradoja,

más que hoy.

Pronto, Filippi rearmó "Ercilla", le cambió su formato y la orientó por el ámbito del periodismo interpretativo, en el señero esquema del internacional "Time".

Fue un vuelco en el tratamiento de los hechos. Con Enrique Cid, Abraham Santibáñez, Luis Hernández Parker, Hernán Millas, Guillermo Blanco, los jóvenes Luis Álvarez Baltierra y Mauricio Carvallo.

Trabajó con ellos.

Se buscaba explicar. Orden, sentido y armonía. Más allá de pasiones y compromisos. En época de tormentas políticas, con la hiperpolarización en la Unidad Popular.

El país se miraba en blanco y negro, como en las pretéritas películas de viqueiros. Los "buenos" y los "malos", según la ardiente perspectiva.

No era fantasía. El odio se volcaba literalmente a diestra y siniestra. Se apagaba el diálogo, se exacerbaban los ánimos, se encendían las militancias.

La revista no echó bencina en la hoguera. De rato en rato reviso viejos ejemplares: advierto el ánimo de equilibrio, la intención de escu-



Emilio Filippi llegó con su mesura en el hablar, su disciplina cristiana algo desestabilizada por nuestros ímpetus juveniles y recreadores.

char y aceptar a todos. O casi.

En el retrovisor, a veces rescató crónicas algo adjetivas y apasionadas.

Era difícil conseguir la equidistancia.

El 11 de septiembre de 1973, un golpe de timón. O peor. El equipo dirigido por Filippi fue víctima -a no mucho andar- de censuras directas, de cortes sin misericordia, de lectura previa -

ajena a la conducta profesional- y temas omitidos por decisiones gubernantes.

Algunas entrevistas de Hugo Mery -independiente, incisivo, documentado- parecen insólitos episodios surrealistas.

A veces tronchaban las preguntas. Otras, las respuestas. Los espacios en blanco intrigaban a los lectores: eran una advertencia pública de

los excesos burocráticos.

Un ideólogo oficialista lo advirtió y se pegaban párrafos de modo incomprensible.

Filippi traspasó sus lecciones de ética de la universidad a las reuniones de pauta y a las páginas del semanario.

La ruta de la autonomía asusta al poder. Los propietarios de la revista la vendieron y emigraron. Los nuevos empresarios le sugirieron que respetarían las determinaciones profesionales.

Cuando Filippi y su equipo entendieron -entendimos- que no era así, hubo una inolvidable renuncia general.

Tal vez en el futuro una cláusula de conciencia repare los atropellos cuando las condiciones del contratante cambien abruptamente, con lesiones a la moral de los periodistas.

Se originó la revista "Hoy", que poco a poco cunillizó las

voces de la disidencia, acogió a quienes no tenían tribuna, mostró por primera vez lo que se ocultaba.

Conoció la clausura y las amenazas.

Nadie se entregó.

Era una época de suspicacias, claudicaciones y complacencia.

Patricia Verdugo e Ignacio González entregaban sus filosos reportajes de investigación.

Filippi siempre fue el conductor sereno y firme.

Hasta la crónica del diario "La Epoca", en el mismo rumbo del periodismo interpretativo, a la manera del español "El País".

Importante, restaurador. Se desnutrió económicamente.

Emilio Filippi optó por la diplomacia y fue embajador en Portugal.

De retorno, prefirió la cátedra de ética en las Escuelas de Periodismo de las universidades Diego Portales, Uniaac y Andrés Bello.

En la primera, la Facultad de la Comunicación e Información presentó su nueva obra: "Manual de ética profesional", con la colaboración de su ayudante, Anneliese Kutacher.

El académico y tribuno Hugo Zepeda navegó en profundas aguas de la filosofía moral y la ética, como aperitivo.

El autor, en sustancia, es el mismo de nuestros días de estudiante en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica.

Filippi es un periodista coherente, justo, ponderado.

Periodista.

Retrato de un hombre justo [artículo] Enrique Ramírez Capello

Libros y documentos

AUTORÍA

Ramírez Capello, Enrique

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Retrato de un hombre justo [artículo] Enrique Ramírez Capello. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile